

Apertura religiosa y la imagen de Dios en las diferentes edades

M^a Eugenia Gómez Sierra

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN El hombre es un ser creado por Dios a su imagen y semejanza e invitado a vivir en comunión con Él. Su crecimiento espiritual corre en paralelo a su madurez personal, de manera que resulta imprescindible conocer que, siendo un ser abierto a lo trascendente, en cada momento de la vida se aproxima a Dios de una manera diferente. Las distintas imágenes que posee de Dios guardan relación con su desarrollo evolutivo y con su experiencia religiosa. El mundo cultural, lleno de símbolos, ritos y celebraciones, y la vivencia religiosa de la familia contribuyen a consolidar la relación del niño con Dios.

PALABRAS CLAVE Religiosidad, crecimiento espiritual, apertura religiosa, imagen de Dios.

SUMMARY *Humans are beings created by God in His image and likeness, invited to live in communion with Him. Spiritual growth runs parallel to the maturity of a person so it is necessary to realize that, as a being open to transcendence, in every moment of his or her life, each individual approaches God in a different way. The different images people have of God relate to their personal evolution and religious experience. The cultural world, full of symbols, rites and celebrations, and the religious experience of the family, help to consolidate the relationship a child has with God.*

KEYWORDS *Religiosity, Spiritual growth, Openness to religion, Image of God.*

I. INTRODUCCIÓN

“El hombre está llamado a orientarse hacia una verdad que lo trasciende”¹, hecho que nos sitúa ante un punto de partida complejo al hablar del

1 SAN JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Fides et ratio* (14 de septiembre de 1998) 5.

desarrollo espiritual, pues remite al misterio que se encierra en cada persona y al vínculo originario que ella tiene con Dios².

Partimos, para la fundamentación, de una idea de Hans Urs von Balthasar en su obra *Si no os hacéis como este Niño*, que puede ayudarnos a caer en la cuenta de la envergadura que envuelve este tema. Tanto en el mundo judío, como en el romano y el griego, los niños formaban parte de un estadio previo al ser hombre en sentido pleno, razón por la cual nadie prestó ninguna atención al valor propio y distintivo de la conciencia infantil. La niñez era entendida bajo la categoría de “todavía-no” y, por tanto, no era necesario poner atención en un espíritu humano previo a la posibilidad de decidir desde una moral libre. Por dicho motivo nadie se preocupó ni de la unidad espíritu-corporal del niño, ni de su evolución espiritual.

Jesús nos muestra un panorama bien distinto de los niños, exaltando su condición, y poniéndolos como ejemplo para alcanzar el Reino. Él, presenta el modo de ser del niño con una “referencia originaria” a la verdad, la bondad y la belleza, referencia que remite al Creador, referencia que el adulto ha perdido como consecuencia del uso de su libertad. En este sentido, podemos hablar, en el niño, de una espiritualidad originaria que le permite mantener una relación con Dios basada en el amor.

Adentrarse en un estudio evolutivo de la persona por edades supone tener claros, previamente, los aspectos que la configuran de manera permanente, para poder apreciar las diferencias singulares que se muestran en cada una de las etapas.

Por esta razón, nos adentramos en tres presupuestos imprescindibles, que hay que considerar en la persona antes de abordar cualquier cuestión evolutiva.

2 “Detrás de la ‘identidad originaria’ de madre e hijo –cuya no-identidad aparece definitivamente en el nacimiento– se destaca una ‘identidad originaria’ aún más profunda: la del niño que crece y se desarrolla según la idea que Dios tiene de él, según la intención que quiere realizar con él. Y esa idea e intención es y no es Dios mismo, pues tiene como objeto a la criatura misma” (H. U. VON BALTHASAR, *Si no os hacéis como este Niño* [Madrid 2006] 21).

II. PRESUPUESTOS AL HABLAR DE APERTURA RELIGIOSA

Las tres premisas esenciales al hablar de un itinerario espiritual, que comienza con el origen de la persona al nacer y se extiende hasta la eternidad son: “vocación o llamada a ser”, “relación intrínseca cuerpo – alma” y “origen divino”.

1. EL HOMBRE, OBRA DE DIOS

El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, es de todas las criaturas visibles la única “capaz de conocer y amar a su Creador” (GS 12), por poseer una “identidad originaria”³; razón que le otorga una radical dignidad (CCE 356) expresada en una nota que caracteriza a la persona, la apertura al mundo. El ser humano es, pues, un ser abierto, un ser de relaciones que configuran su identidad. Cuanto más se aproxima a las cosas, a los otros y al mismo Dios más queda consolidada la identidad en su personalidad. “¿Qué cosa, o quién, te ruego, fue el motivo de que establecieras al hombre en semejante dignidad?” –Se pregunta santa Catalina de Siena en su *Diálogo*– “ciertamente, nada que no fuera el amor inextinguible con el que contemplaste a tu criatura en ti mismo y te dejaste cautivar de amor por ella. Por amor lo creaste, por amor le diste un ser capaz de gustar tu Bien eterno”⁴. En las palabras de la doctora de la Iglesia se desvela el origen divino de la apertura religiosa del hombre, creado con sed de Dios y de plenitud.

El ser humano, creado a imagen de Dios, tiene la dignidad de persona; no es solamente algo, sino “alguien”, invitado a ser un ser humano en plenitud⁵, un ser abierto hacia fuera y hacia dentro, en camino hacia una meta última. Un “alguien” llamado por Dios a su ser de una forma personal, con capacidad de conocerse, de poseerse y de darse libremente para entrar en comunión con otras personas.

Esta potencialidad no le viene dada de forma completa, sino que se convierte en su principal tarea hasta llegar a descubrir su “identidad originaria”

3 *Ibid.*

4 STA. CATALINA DE SIENA, *Diálogo* 4,13.

5 J. M. BURGOS, *Antropología, una guía para la existencia* (Madrid 2005) 43.

según la idea que Dios tiene de él. El hombre nace en verdadera indigencia y está llamado a crecer hasta la plenitud con la acción de la gracia. Una gracia que le invita a vivir en alianza con su Creador, y a dar una respuesta libre de fe y de amor personal (cf. CCE 357).

La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador (GS 19).

2. EL HOMBRE VOCACIONADO

El deseo de Dios se manifiesta en la realidad en el deseo del hombre de ser feliz, sin que de entrada sea posible determinar el objeto que realiza tal felicidad. La visión de Dios, que el hombre anhela y que constituye su plenitud, va más allá de lo que puede, explícita y claramente, desear. Sólo desde la fe resulta posible identificar con Dios el deseo indeterminado de felicidad y de búsqueda de verdad.

Se da pues una paradoja, de modo que el hombre desea algo que, sólo con la ayuda de la gracia, puede obtener e incluso conocer.

La tarea del hombre supone pues educarse para descubrir la fuente de su deseo intrínseco de plenitud y la disposición para conocer a Dios y seguirle.

3. EL HOMBRE, UN SER ESPIRITUAL

La persona humana, creada a imagen de Dios, es un ser a la vez corporal y espiritual. El hombre en su totalidad es querido por Dios. En el relato bíblico del segundo capítulo del Génesis vemos que “Dios formó al hombre con polvo del suelo e insufló en sus narices aliento de vida y resultó el hombre un ser viviente” (Gn 2,7). El alma designa en la Sagrada Escritura la vida humana (cf. Mt 16,25-26; Jn 15,13) o toda la persona humana (cf. Hch 2,41), pero también lo que hay de más íntimo en el hombre (cf. Mt 26,38; Jn 12,27) y de más valor

en él (cf. Mt 10,28; 2 M 6,30), aquello por lo que es particularmente imagen de Dios: “alma” significa el principio espiritual en el hombre (cf. CCE 364).

Considerando las tres premisas que hemos visto, podemos decir que el punto de partida para hablar de un desarrollo espiritual es la concepción de persona como *ser llamado*⁶. La persona entendida como “alguien” llamado a ser en plenitud⁷, abierto hacia fuera y hacia dentro. Esta visión de la persona entendida como “convocada” remite a la pregunta por el autor de la llamada y por su naturaleza, y remite a un origen divino; nadie salvo Dios tiene autoridad para llamar, es siempre Él quien invita a todo ser humano de forma personal y desde una identidad concreta.

La persona es un alguien que se construye y se revela en su propia acción⁸, porque cada una de las acciones que realiza no actúa exclusivamente sobre su yo actualizado sino sobre su yo existencial, en palabras de Edith Stein, sobre su “sí mismo”, sobre su “conciencia originaria”⁹. La persona es un alguien que dice de sí mismo “yo” porque se auto-posee, pero que, a la vez, es capaz de salir de sí mismo y trascenderse, es espiritual¹⁰.

La persona no es sólo un ser en proceso, sino un ser pluridimensional que reclama unidad para todas las dimensiones que lo componen¹¹. Una unidad con sentido, que comienza cuando el sujeto descubre su condición creatural y que va creciendo a medida que se descubre la filiación divina.

La madurez de la persona o consolidación de su personalidad puede estudiarse desde el aspecto antropológico, espiritual o psicológico. Este último es, sin duda, el más conocido y trabajado tanto en el ámbito educativo como en el catequético. Sin embargo, antes del desarrollo central de lo que

6 Cf. E. STEIN, *Obras completas IV. Escritos antropológicos y pedagógicos* (Burgos 2003) 273.

7 BURGOS, *Antropología, una guía para la existencia*, 43.

8 K. WOJTYLA, *Persona y acción* (Madrid 2011) 305.

9 BALTHASAR, *Si no os hacéis como este Niño*, 73.

10 Stein describe la espiritualidad del hombre como apertura hacia dentro y hacia fuera diciendo: “espiritualidad personal quiere decir despertar y apertura. No sólo soy, y no solo vivo, sino que sé de mi ser y de mi vida”, un saber que no es fruto de la reflexión sino de una luz por la que está atravesada la vida espiritual (STEIN, 649).

11 “La estructura natural del alma, es, en cierto modo, la de una forma fundamental, en la que lo que el alma asimila a lo largo de su vida, es colocado. La forma no existe de antemano ya acabada, sino que se va imponiendo a lo largo de su proceso evolutivo y unido con la asimilación de materias espirituales (...) En esta forma hay un centro y una periferia, una superficie y una profundidad” (*Ibid.*, 186).

nos ocupa, vamos a detenernos en una perspectiva de la persona que apunta más claramente a lo teológico.

Karl Rahner en *Pensamientos para una Teología de la infancia*¹² presenta unos presupuestos de fondo, que nos pueden ayudar a comprender lo que ocurre a medida que el desarrollo del niño se abre a una conciencia moral, así como a descubrir el vínculo necesario entre la madurez humana y la espiritual.

- “*El niño es un hombre*”: A partir de este presupuesto, en cualquier acción catequética hemos de considerar que el niño o el adolescente al que acompañamos es poseedor de una dignidad y un misterio profundo que habita en su persona. El niño viene de Dios y tiene una relación inmediata con Él por la creación. Dios le llama por su nombre, le conoce y dialoga con él, y en él se hace presente su amor.
- “*El niño es un hombre que está al principio*”: El niño es un hombre que comienza, un ser abierto que tiene todo por hacer, un misterio en el que es necesario aprender a ser lo que se es¹³. Conviene Rahner que “es ya la unidad de espíritu y cuerpo, de naturaleza y gracia, de naturaleza y persona, auto-posesión y dependencia del mundo. Pero todo esto debe realizarse todavía, debe ser subsumido y experimentado” y es precisamente la unión entre el comienzo y el devenir lo que hace del niño un misterio, una vocación en la que Dios está presente y a la que el catequista acompaña.
- “*El niño es un comienzo en tensión*”: El niño, en relación con Dios por su naturaleza como criatura individual, no comienza la historia sino que nace en un contexto y en una realidad que está hecha, donde hay unas creencias y valores entre los que puede elegir. Su historia es parte de la humanidad caída por el pecado y redimida en Jesucristo. Experimenta en su vida la contradicción, la “beatitud de una gracia original y de una gracia posterior y de una redención, que el mismo experimenta y deja actuar en él”.
- “*El niño es un niño*”: Por ser niño reclama la experiencia de sentirse seguro y a salvo, se abre con confianza y disponibilidad, es receptivo y posee la virtud de la esperanza. Se encuentra en condiciones óptimas

12 K. RAHNER, *Ideas for a Theology of Childhood. Theological investigations*. Vol VIII (Londres 1971) 104-114. V. CODINA. (trad.) *Pensamientos para una Teología de la Infancia*.

13 Cf. J. M. BARRIO, *Elementos de Antropología pedagógica* (Madrid 2010) 33.

para descubrir el misterio de Dios que se presenta como amor y cercanía e invita a abandonarse en Él.

Mientras se siente llevado y abrazado por un cuidado cariñoso y protector, él está seguro de contar con un amparo exterior, y en el interior de esa seguridad llega a darse cuenta de que el cuidado que su madre y otras personas le dedican exige empeño y renunciaciones: se hace más consciente del carácter gratuito del cuidado ofrecido, pero, por otra parte, comienza a percibir la fatiga que reina en lo terreno¹⁴.

III. LA MADUREZ HUMANA Y ESPIRITUAL: DISTINCIÓN Y RELACIÓN

El hombre nace en verdadera debilidad y necesita aprender a ser lo que es¹⁵, de tal forma que, desde el principio¹⁶, sufre un proceso madurativo que le hace, poco a poco, capaz de responder de manera inteligente, a pesar de su débil naturaleza¹⁷.

Entre la madurez humana y la madurez espiritual existe un cierto maridaje pues no puede darse la una sin la otra, aunque existen también diferencias significativas que obligan a delimitar bien ambos ámbitos.

1. PLURALIDAD E IDENTIDAD PERSONAL

El ser humano está constituido por unas dimensiones o estructuras que le definen como un ser personal, único e irrepetible. Ninguna de ellas puede comprenderse de manera independiente, ya que no son autónomas, ni tampoco pueden existir por separado, sino que requieren una unidad globalizada por un yo existencial o núcleo íntimo, que impide su disolución¹⁸.

14 BALTHASAR, *Si no os hacéis como este Niño*, 27-28.

15 BARRIO, *Elementos de Antropología pedagógica*, 36.

16 Cf. J. C. CARVAJAL, *Dios dialoga con el hombre. Misión de la Palabra en la catequesis* (Madrid 2014) 81.

17 "El hombre ha sido creado según la imagen de Dios para la semejanza divina, donde la imagen se entiende como dada en la creación según lo que se revela en Jesucristo; pero la semejanza, es decir, la identificación con él, constituye su vocación y le proyecta hacia una perfección escatológica que solo se consumará al final" (*ibid.*).

18 Cf. BURGOS, *Antropología, una guía para la existencia*, 209-213.

Las distintas dimensiones realizan funciones diversas que se auto-implican; así, por ejemplo, no podemos hablar de una acción sobre el cuerpo que no tenga repercusión sobre los afectos, sobre la conciencia y sobre la dignidad de la propia persona.

Otra nota característica de las diversas dimensiones es su ritmo de desarrollo, radicalmente diferente; algunas evolucionan prácticamente de manera espontánea como la corporal, mientras que otras requieren de la colaboración profunda y constante de la persona y cada una ejerce una influencia distinta sobre el sujeto.

Entre ellas, la dimensión espiritual es, sin lugar a duda, la más importante, porque actúa como elemento integrador del resto dando unidad a la persona. Por esta razón requiere mayor tiempo y mayor esfuerzo para su crecimiento y cultivo. Sería un error pensar que, al igual que crece la dimensión física del sujeto con unas mínimas exigencias, se produce un desarrollo de lo espiritual y de lo religioso, cosa que, a veces, podemos olvidar en la tarea catequética.

a. Dimensión cognitiva: la representación mental,
el concepto de Dios y creencias

El elemento intelectual es uno de los rasgos que singularizan al hombre diferenciándolo radicalmente del resto de la creación¹⁹. Su capacidad de conocer le permite establecer una relación con lo que le rodea con un rasgo de singularidad, el trascendente. En efecto, mediante el conocimiento, de modo misterioso pero real, el hombre sale de sí mismo y “llega a ser otras cosas (...) sin serlo, en tanto en cuanto las posee intencional e inmaterialmente”²⁰.

Lo intelectual es una capacidad *activa* que puede y debe ser alimentada y cuidada desde el principio. Es además algo *dinámico*, ya que pone en conexión el interior con el exterior; exige trascendencia para poner distancia con la realidad y supone *consciencia*²¹. En este sentido, lo cognitivo nos per-

19 “La comunicación que Dios hace de sí mismo por medio de su Palabra va dirigida a un interlocutor, el ser humano (...) Una criatura que aún salida de sus manos, desde el mismo instante de su creación, tiene capacidad para recibir su Palabra y responderle en obediencia y adoración. El hombre ha sido creado a ‘imagen y semejanza de Dios’ esto es lo que le cualifica por encima de cualquier otra criatura y le hace capaz de conocer y amar” (*Ibid.*).

20 *Ibid.*, 141.

21 F. TORRALBA, *Inteligencia espiritual en los niños* (Barcelona 2012) 54.

mite interiorizar en nuestro ser la realidad y representárnosla hasta, de algún modo, apropiárnosla. Gracias a la cognición es posible representarnos a Dios y todo lo religioso, así como, elaborar un concepto de Dios a partir de una doble realidad: lo experiencial, fruto de la vivencia, y lo simbólico, que nos viene del contexto y de las circunstancias²².

Podemos afirmar que el conocimiento, sea cual sea su contenido, deja en nosotros una huella que pasa a ser parte de nuestra estructura mental, con independencia de la forma en la que lo hemos adquirido (la vivencia, la cultura, o el estudio).

En este sentido es importante, en cualquier proceso catequético, tener en cuenta este aspecto intelectual fuertemente condicionado por la edad y las formas de conocimiento.

Por otra parte, en el ser humano no sólo podemos hablar de una estructura cognitiva, sino del contenido que la llena, en el que se hace presente, para siempre, el *concepto de Dios* y el conjunto de creencias que creemos y celebramos.

b. Dimensión afectiva: actitudes religiosas

La persona, procedente del amor divino, posee una dimensión originaria, en torno a lo afectivo, irreducible. Las experiencias con las cosas o personas no le dejan indiferente sino que le afectan, consciente o inconscientemente, provocando o evitando una respuesta.

De los tres niveles afectivos propuestos por Hildebrand, *sensaciones corporales*, *reacciones* psíquicas y *carácter espiritual* del mundo afectivo, este último, es el de mayor importancia, aunque el más olvidado en el ámbito catequético. En el carácter espiritual del mundo afectivo aparece primeramente el mundo de los *valores*. El hombre ama lo que se presenta a su inteligencia, voluntad y corazón como algo amable y digno de ser amado; de ahí la importancia de la relación con Dios en quien siempre encontramos amor.

Por otra parte, aparece la *contemplación espiritual* o conmoción, respuesta a algo externo que provoca en nosotros un cambio global profundo, como por ejemplo, cuando nos dejamos inundar por la belleza o la caridad entre los hombres; y, por último, existe el *sentimiento estético*, directamente

22 A. VERGOTE, *Psicología religiosa* (Madrid 1975) 231.

vinculado a lo misterioso o al orden del universo y a la referencia metafísica del ser humano.

La capacidad natural afectiva nos abre a la perspectiva religiosa de las actitudes o disposiciones profundas del hombre frente a la realidad. Se trata de una disposición personal e intransferible que brota desde lo más profundo del ser, con la que se tiene la certeza de haber sido alcanzado por la verdad.

La *actitud religiosa* es una respuesta íntima a la llamada profunda que el hombre siente por lo único atrayente y amable, Dios: “Nos hiciste Señor para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” (San Agustín).

c. Dimensión social: participación institucional

La persona es un ser que logra su identidad con los otros. Su soledad ontológica desaparece exclusivamente cuando establece una relación personal²³. El hombre es un ser comunitario en el que se refleja la marca de la Trinidad.

Las relaciones con los demás nos permiten aprender el misterio que envuelve al ser humano. En él existe algo de común, propio de su humanidad, y algo, esencialmente original y diferente, propio de su personalidad.

Para la madurez humana es muy importante la dimensión comunitaria, lo mismo que para el crecimiento espiritual en el seno de la Iglesia, visible en una comunidad concreta y real.

La vida común ofrece normas, valores y seguridades. Introducir al niño o al joven en un ámbito comunitario facilita su capacidad de donación y entrega, superando el egoísmo y el individualismo que encierran a la persona en su propia prisión.

d. Dimensión moral: comportamiento religioso

La búsqueda de la autonomía personal es una gran meta para el ser humano. Nadie que vive en la heteronomía goza de libertad, porque el hombre está hecho para decir libremente sí a Dios.

La moral no consiste en adquirir un conjunto de normas para vivir de forma correcta, en un momento concreto, sino más bien, en vivir virtuosamente de acuerdo a un ideal en el que se ha descubierto la verdad.

23 Cf. BURGOS, *Antropología, una guía para la existencia*, 277.

El *comportamiento religioso* no se agota en la realización de una serie de ritos y costumbres que no logran calar en la vida del niño, aunque estos resultan esenciales en la educación de su religiosidad; sino que, más bien, el comportamiento en el desarrollo espiritual del niño es la consecuencia profunda de una transformación, de una conversión que empuja a vivir de acuerdo con aquello que ofrece la salvación.

e. Dimensión espiritual: diálogo con Dios

Cuando la filósofa judía Stein define la estructura del ser humano describe la espiritualidad como la apertura y el despertar de la persona; por eso afirma: “No sólo soy, y no sólo vivo, sino que sé de mi ser y de mi vida y todo esto es una misma cosa (...) la vida espiritual es una saber originario acerca de cosas distintas de sí misma”.

La espiritualidad es una realidad íntima, potencial y global de la persona, que trabaja en un orden más profundo. Se vive en el sujeto como algo dinámico e intencional que reclama la consciencia, el sentido de la vida y la trascendencia. Mediante ella somos capaces de “poner distancia” frente a todo, alcanzando un significado nuevo para la realidad y la forma de vivir la propia existencia²⁴. Esta dimensión está arraigada en lo profundo del ser y capacita para el asombro, la admiración y la atención plena, si existe la capacidad de vaciamiento mediante el silencio y se aprende a aguardar el momento oportuno.

Un resplandor del misterio primordial cristiano existe en el hecho que, en toda la fragilidad y la peligrosidad de la existencia humana, la unidad entre madre y niño pueda mantenerse firme, hasta en la separación. (...). Frente a la perfecta e inmediata intuición que aquí reina –anterior a cualquier juicio y conclusión discursiva– vale sólo el asombro ante lo maravilloso: el amor, como lo originario por excelencia²⁵.

24 “La espiritualidad es la dimensión dinámica de la vida humana que concierne al modo a través del cual la persona (individuo o comunidad) experimenta, expresa o indaga el sentido de su existencia; al modo como se relaciona con el momento presente y consigo misma, con los otros, con la naturaleza, con Dios y con aquello que es significativo o sagrado” (Task, *Spiritual care in palliative care*, Utrecht, 11 de octubre de 2010).

25 BALTHASAR, *Si no os hacéis como este Niño*, 22-23.

El desarrollo de la dimensión espiritual es mucho más lento y exigente que el del resto de las dimensiones. Requiere más condiciones y cuidados para su crecimiento; por ejemplo, reclama la libertad e intencionalidad de la persona, la constancia en la tarea y el despojamiento personal.

El hombre, capacitado en su naturaleza para el diálogo con Dios, ha de esforzarse por cultivar las condiciones requeridas por la capacidad espiritual, pero, especialmente, ha de reconocer que la iniciativa de ese encuentro dialogal es siempre divina²⁶.

f. Dimensión religiosa: Acto de fe

El ser humano, poseedor de una dimensión espiritual, es capaz de dar un paso más adhiriéndose a Dios. La dimensión religiosa supone una respuesta a una iniciativa divina que se descubre como salvadora.

Dios llama al hombre que se convierte y cambia el rumbo de su vida. En el encuentro entre Dios y el hombre se provoca un cambio profundo que resulta transformante. La persona libremente responde a la invitación con un acto de fe.

2. LA UNIDAD PERSONAL FRUTO DE LA MADUREZ HUMANA

Hablamos de una persona madura cuando ha logrado una identidad y autonomía personal, aceptando la intrínseca influencia de todas las dimensiones. Alguien que posee una unidad de vida ha logrado unificar en su "Yo" existencial profundo los deseos de independencia que se le ofrecen a cada una de sus dimensiones.

Juan Pablo II habla de la experiencia de unidad en la persona remitiendo necesariamente a la composición compleja de su ser²⁷, es decir, a la metafísica. Reconoce la incapacidad del ser humano para conocer la vivencia del alma, experiencia que permitiría hablar tanto de la existencia del alma como de su naturaleza espiritual. Es posible, por el contrario, conocer el alma por sus efectos (autoposesión, autodeterminación) y, a partir de ahí, buscar la causa.

26 CARVAJAL, *Dios dialoga con el hombre*, 82.

27 WOJTYLA, *Persona y acción*, 271.

Además, también es posible conocer el contenido de la vivencia del alma, siempre fruto de lo que se provoca con la trascendencia de la persona en la acción: deber, responsabilidad, verdad, autodeterminación.

La razón que permite justificar la unidad de la persona mediante la dimensión espiritual está en que la vivencia del alma, con los contenidos propios de la interiorización del hombre que componen su “Yo” espiritual, provoca la unidad de la persona.

3. LO ESPECÍFICO DE LA DIMENSIÓN ESPIRITUAL. ACLARACIÓN DEL CONCEPTO

Hablar de lo específico de la dimensión espiritual resulta una tarea arriesgada y difícil. Pero, quizás, en este punto sea bueno aclarar ciertos aspectos del dinamismo espiritual.

a. Religiosidad: estructura humana

El desarrollo espiritual cuenta con el ser humano como agente activo junto a otro actor de mayor importancia, el Espíritu Santo. En este dinamismo, como propone el profesor Juan Carlos Carvajal, es necesaria siempre una correspondencia entre la experiencia humana y la gracia²⁸.

El uso estricto del término religiosidad, a pesar de que se emplea con diversas acepciones, hace referencia exclusivamente a la persona humana, más concretamente al niño.

De manera que podemos definir la religiosidad como “toda conducta, actitud, creencia que tenga carácter religioso, independientemente de su origen (la experiencia personal, la tradición, el aprendizaje o la rutina) y de toda valoración (madurez, sanidad, profundidad, intensidad)”²⁹. De la definición del profesor Antonio Ávila se deduce que la religiosidad reclama, ineludiblemente, una estructura humana en la que aparezcan todas sus dimensiones: intelectual, afectiva, conductual, etc.; y, consecuentemente, un trabajo en el ámbito catequético de todos estos aspectos, pues no se trata de transmitir sólo contenidos religiosos o de hacer a los niños muy sensibles ante lo espiritual,

28 CARVAJAL, *Dios dialoga con el hombre*, 87.

29 A. ÁVILA, *Para comprender la Psicología de la religión* (Estella 2003) 57.

sino de ayudar a consolidar una madurez humana, en la que pueda haber una respuesta libre a la llamada de Jesucristo a su seguimiento.

Este punto nos alerta de la importancia de conocer los rasgos de las dimensiones de la persona y las diferentes características que manifiestan en cada etapa evolutiva. El hombre no piensa, ni actúa, ni quiere de la misma forma en cada una de las etapas.

En la dimensión intelectual de la persona nos encontramos con: la *estructura mental* o esquemas mentales, así como, con los *contenidos* que lo llenan: la imagen de Dios, el concepto de Dios y las creencias. El proceso por el que se desarrolla puede ser experiencial (vivencial, consentido o recibido) o cultural (simbólico).

Junto a esto nos encontramos con el aspecto afectivo, en el que intervienen los sentimientos y las emociones del niño y sobre el que tiene una fuerte influencia la religiosidad materna. De manera que vamos a encontrar que hay niños muy abiertos a los sentimientos religiosos y a sus expresiones, porque sus padres lo están también. En relación a este aspecto se sitúan las actitudes religiosas y es sumamente importante suscitarlas, valorarlas y expresarlas (conversación, oración, canto).

Y, por último, aparecen los aspectos de *socialización religiosa* vinculados al sentido de pertenencia, al culto y a la celebración. En este aspecto la influencia más consistente es la familiar, especialmente la materna, y la escolar y la catequética.

b. Experiencia espiritual: la revelación gratuita de Dios

El profesor Ávila define la experiencia religiosa (espiritual) como “una experiencia inmediata y prerracional, íntima y personal con independencia de que se tenga o no una vivencia religiosa en plenitud”. En una palabra, en la experiencia espiritual hablamos de una cosa totalmente distinta que acontece en la persona por iniciativa divina³⁰, generando en ella una conciencia de lo que ha acontecido, pero sin el compromiso de que la experiencia deba ser aceptada, sino esperando una respuesta libre por parte del niño.

30 “Dios es más íntimo al ser humano que su propia intimidad y, no obstante, no se confunde con él. El hombre debe realizar un peregrinaje que le lleve a reconocerle como fundamento y destino de su vida. Dios está siempre al inicio de la búsqueda humana” (CARVAJAL, *Dios dialoga con el hombre*, 86).

La experiencia espiritual es una donación de Dios que irrumpe en la vida del hombre estableciendo un diálogo de amistad con él. En ella no tiene ninguna importancia la estructura de la persona, de manera que puede darse a cualquier edad y en cualquier condición, aunque sí es importante la edad y la cultura que la persona posee para la expresión externa de lo que ha acontecido. No es igual la explicación o verbalización de este tipo de experiencias cuando la hace un niño que cuando la hace un adulto. En la expresión de la experiencia intervienen todas las dimensiones de la persona, de manera especial, su desarrollo cognitivo.

c. El crecimiento espiritual en la propuesta de Edith Stein

E. Stein da una gran importancia a la formación de la persona y a su proceso de desarrollo humanizador para que pueda encontrarse con Dios. Su línea de pensamiento, no demasiado sencilla, nos acerca a un trabajo personal arduo en torno a la autoformación a partir de los dones que se han recibido.

Junto a esto aparece como significativa la acción de Dios como formador, del que se atreve a decir: “el camino formativo del hombre es obra de la providencia divina. Dios ha dado al hombre su disposición natural y se la ha dado en forma de una semilla que está determinada al desarrollo y a la evolución”; “Él ha hecho el proceso evolutivo dependiente de factores externos y de la libre voluntad del hombre, aunque se ha reservado para sí una forma particular de intervención, la gracia”³¹.

En el proceso formativo, el catequista acompaña este trabajo divino que se va operando con el consentimiento del que lo realiza. Dice ella en palabras textuales: “Él puede transformar la naturaleza y así influir desde dentro en el proceso formativo de tal manera que resulte sorprendente y asombroso sobre todo para aquel a quien le sucede”³².

Contrariamente a la propuesta de algunos psicólogos de la religión³³, Stein propone para el desarrollo espiritual el *arquetipo*. En él considera la necesidad de realizar un proceso formativo desde el interior hacia el exterior y no una simple imitación del formador, un proceso en armonía con la pro-

31 STEIN, *Escritos antropológicos y pedagógicos*, 192.

32 *Ibid.*

33 Cf. VERGOTE, *Psicología religiosa*, 253.

pia naturaleza. Ella habla de un modelo universal de hombre y de una meta particular para cada hombre, solamente conocida por Dios, coincidiendo en esto con Hans Urs von Balthasar. Por eso habla de la determinación impresa en el hombre desde la creación (originaria) y de la necesidad de que ésta discurra de manera paralela a la meta formativa. Dios ha puesto, dice, en el interior de cada persona la tendencia hacia la meta: “Dios creó al hombre a su imagen pero sólo él puede ver en plenitud esa imagen (...) nosotros la contemplamos en otras imágenes (...) en el Hijo de Dios y en la Palabra de la revelación”. Su consejo para el crecimiento espiritual es asimilar en nosotros la “imagen de Jesús” tanto como podamos, para que se transforme en forma interior y nos forme desde dentro³⁴, evitando que Jesucristo se convierta en un modelo de vida externo que nunca logre penetrar en el interior.

IV. LAS IMÁGENES DE DIOS EN LOS NIÑOS Y ADOLESCENTES

El ser humano, desde el nacimiento, lleva grabado en su interior la desproporción entre lo que es y lo que aspira a ser. Siente un deseo de querer superarse a sí mismo expresado en un afán por descubrir lo que le rodea durante toda la vida. En esa búsqueda permanente se forma la imagen de Dios como resultado del crecimiento de todas sus dimensiones, de sus experiencias religiosas y de sus vivencias en la comunidad. Por tanto, no es posible hablar de la imagen de Dios en el niño sólo desde el aspecto psicológico, sino desde todos los aspectos que configuran la persona; pero sí es necesario conocer cómo lo psicológico condiciona en cada etapa el aprendizaje y, consecuentemente, la imagen de Dios.

1. LA PRIMERA INFANCIA Y LA BÚSQUEDA DE SEGURIDAD COMO APERTURA RELIGIOSA

La primera infancia abarca aproximadamente los dos primeros años de la vida, en los que el niño realiza grandes logros como la autonomía física y el dominio del lenguaje. En este tiempo el niño posee una disponibilidad

34 STEIN, *Escritos antropológicos y pedagógicos*, 192-193.

religiosa que se expresa en la búsqueda de seguridad, armonía y paz. “Los modos de ser del niño –sepultados ya para los adultos– muestran y miran hacia una zona originaria en la que todo acontece hacia lo correcto, lo verdadero y lo bueno, en un estado de protección escondida”³⁵. Su religiosidad, como el resto de los aspectos del aprendizaje, se configura a través de la sensibilidad. Es un ser receptivo, en acogida, que está abierto y es capaz de percibir de forma sensitiva lo religioso. Si su madre se acerca y le canta o le cuenta algo con ternura percibe el amor que le transmite. Así, de manera involuntaria, se predispone a acoger los signos que reflejan la presencia de Dios.

2. SEGUNDA Y TERCERA INFANCIA

La forma en que un niño comprende a Dios está directamente relacionada con su desarrollo intelectual. Entre los tres y los nueve años su pensamiento es preoperacional y operacional concreto, es decir, sujeto a la realidad muy cercana. El pensamiento religioso incorpora un conjunto de conocimientos en relación con Dios o con lo sagrado y ayuda a formar la conciencia del propio yo.

Von Balthasar hace una propuesta muy interesante recogiendo el texto de *Jeremías* 31, en la que intenta explicar cómo el niño a medida que va creciendo pierde la capacidad originaria de reconocer lo divino, y afirma que sólo Dios puede depositar en el corazón infantil, infundiéndole su Espíritu, la capacidad para reconocer las exigencias del amor de Dios.

a. El mundo simbólico

Hacia los dos años se produce en la persona la adquisición del lenguaje. Aparece con él la capacidad simbólica, que le permite reconocer y nombrar los objetos. Ahora puede reconocer, manipular, nombrar y usar el mundo de objetos religiosos que le rodean, especialmente la cruz, a la que llama Jesús, y las imágenes.

35 BALTHASAR, *Si no os hacéis como este Niño*, 14.

Posee un pensamiento idealista, animista y artificialista³⁶, que le impide delimitar la realidad, y se pierde en el mundo de la fantasía. Los objetos y los seres inanimados están dotados de vida e interactúan con él, estableciendo relaciones de buenos y malos. Ahora aparece el primer diálogo con Dios y se introduce el primer concepto religioso. La realidad (mundo) se entiende como un engranaje de reloj donde todo funciona a través de acciones mecánicas encadenadas unas a otras. Y es precisamente en esta concepción de la realidad donde se integra la visión de Dios.

Entre los dos y los tres años y medio asimila las primeras conductas religiosas de carácter repetitivo y es, precisamente, a través de ellas como se introducen en el misterio diferenciándolas de lo ordinario. Son acciones aprendidas de memoria, pero sirven de base para acercarse a la experiencia personal y grupal de Dios.

Los símbolos bíblicos y litúrgicos, aunque no los entiende, empiezan a cobrar vida dentro de su mundo mágico y provocan siempre un efecto benéfico, que le saca de lo ordinario y le pone en contacto con Dios.

Tanto la imagen de Dios como el mundo de lo sagrado están fuertemente condicionados por los rasgos psicológicos que posee, por el mundo irreal y por el amplio desarrollo de la imaginación. A los tres años (expresado desde su lenguaje) el niño manifiesta frente a lo sagrado una actitud de respeto y temor reverencial, porque, aunque le resulta abstracto, le fascina, le sobrecoge y le atrae como un misterio.

La imagen de Dios está limitada por el egocentrismo cognitivo, de manera que parece tener un dios particular. Dios aparece bajo la idea de un padre protector que está a su servicio³⁷. “En un primer momento, para el niño el amor de los padres no es separable de Dios y esta distinción sólo debe serle mostrada, lentamente y con sumo cuidado en la humildad de los padres y de su propia dependencia frente a Dios”³⁸. De Dios recibe protección, confianza y seguridad de la misma manera que lo recibe de sus padres. A medida que el niño crece y amplía el mundo de sus relaciones se produce una paternalización de lo divino.

36 S. MARTÍNEZ, *¡Dibujamos a Dios! Experiencia religiosa y transmisión de la fe en la escuela* (Madrid 2010).

37 Cf. VERGOTE, *Psicología religiosa*, 345-349.

38 BALTHASAR, *Si no os hacéis como este Niño*, 24.

A los cuatro años, la imagen de Dios es la más clara de todo el período (“edad de oro”). Aún predomina el pensamiento fantástico sobre la realidad y a Dios se le sitúa en un marco maravilloso propio del mundo de las hadas. Siempre este mundo mágico aparece en beneficio personal del niño. Se emplean las oraciones como demanda de una acción mágica. El niño reconoce a Dios como entidad individual y tiene su lugar (Dios está en el cielo con los ángeles y los santos y el abajo en la tierra). Por otra parte, empieza a asociar los sentimientos que él experimenta con actividades específicas de Dios, que son las que él mismo realiza.

Hacia los cinco-seis años el progreso intelectual y el descubrimiento que va haciendo de la figura parental, le lleva a distinguir a Dios de los padres por la aparición del realismo en su pensamiento. El niño descubre que

el amor sólo se realiza en un cara a cara, en una reciprocidad en la cual la diferencia no es puesta en peligro, sino unificada y fortalecida por el espíritu del amor. Es también el amor el que permite que el niño no experimente su absoluta menesterosidad como algo amenazante, sino que la viva, precisamente, como la situación en la que el amor siempre latente de su madre se realiza de un modo siempre nuevo³⁹.

Para Balthasar en el amor de relación entre el niño y los padres se mantiene la “identidad arquetípica” que es el reflejo trinitario, y a medida que los padres, por sus errores, ensombrecen ese arquetipo creatural (imagen de la Trinidad) se va nublando el horizonte del Ser absoluto.

b. Antropomorfismo

En la tercera infancia, Dios comienza a tener rasgos humanos, aunque con una apariencia extraordinaria de héroe o de mago. Se despierta el interés por el mundo religioso como algo mágico, que genera curiosidad provocando fascinación.

A los cinco años Dios realiza tareas humanas: pasea por el campo, come, etc., aunque se le añade como rasgo nuevo la función de creador. En este momento se rompe la paternalización y comienza una cierta independencia.

39 *Ibid.*, 25-26.

A veces, Dios y la creación se confunden, dando lugar a una imagen universal de lo divino vinculada siempre al bien.

En este tiempo es fundamental dotar al niño de recursos simbólicos y narrativos que aporten conocimiento a la imagen de Dios. Hay que profundizar en los relatos, milagros y escenas míticas de la Biblia para captar su atención sobre la relación entre el personaje bíblico y Dios. Aunque no entienden el contenido.

c. Conciencia del Yo

La aparición y consolidación de las operaciones mentales va configurando la estructura del pensamiento, lo que permite al niño tener conciencia de las propias acciones, aunque no de sus pensamientos. Con esta capacidad aparece la posibilidad de reconocer la experiencia religiosa. La conciencia personal permite reconocer la unidad personal del sujeto y, en buena medida, una evolución espiritual. Por otra parte, la percepción del mundo y de la realidad van ganando en objetividad, y las estructuras cognitivas permiten el manejo de conceptos más universales, lo que supone una apertura consciente al pensamiento religioso.

A partir de los siete años, gracias al uso de la conciencia, el niño, ahora sí con reconocimiento del propio pensamiento, empieza a tener un *sentimiento de temor* por el contraste entre su pequeñez y las maravillas que observa en el mundo de lo sagrado, o bien por su experiencia de relación con Dios, o por la observación del comportamiento adulto.

d. Dios de los atributos

Entre los siete y los diez años la representación de Dios antropomórfica resulta insuficiente, por lo que intenta trascender la imagen de Dios introduciendo elementos simbólicos (Dios tiene barba, está sentado en un trono rodeado de ángeles). Especialmente aumenta el simbolismo en las niñas.

El universo puede participar todavía de una visión artificialista, en la que se distinguen dos niveles: el cielo, arriba, representado como morada de Dios y la tierra, abajo, donde vivimos los hombres.

Para superar la visión antropomórfica y artificialista del universo se requieren nuevos esquemas mentales. Al principio Dios tiene características

humanas como la barba, o una vivienda grande, incluso puede tener un perro; después los rasgos que le comparan con el hombre se suavizan, hasta que llega a adquirir la visión de un ser espiritualizado.

Entre los ocho y nueve años se da un proceso de intelectualización de la imagen de Dios, que se va haciendo más objetiva. A Dios se le atribuyen cualidades entre las que destaca, al principio, el ser grandísimo e invisible.

El niño comienza a entrar en la etapa atributiva de Dios, definiéndole como: omnisciente (seis a siete años); omnipresente (ocho a nueve años). Lo omnisciente es perfectamente compatible con el pensamiento mágico, cosa que no ocurre con la omnipresencia que se retrasa por el antropomorfismo. Consideran que Dios lo ve todo, pero tiene que estar en el cielo limitado al espacio y no puede estar en todas partes. La independencia del espacio no la logra el niño hasta los diez u once años.

Junto al desarrollo intelectual para construir la estructura mental, en el pensamiento religioso interviene también el aprendizaje que proviene del medio (cultura) a través de imágenes, representaciones, dibujos, narraciones, etc. Como nuestra cultura suele centrarse más en la persona de Jesús que en la de Dios, crece el cristocentrismo.

Hacia los nueve años reconoce en Dios la condición de creador y providente, aceptando sin problema el punto de vista bíblico de que Dios creó el mundo; a veces, y normalmente por influencia escolar, vincula a Dios con la condición de juez que ordena moralmente la realidad.

3. EL MUNDO PREADOLESCENTE Y LA BÚSQUEDA DE LA IDENTIDAD RELIGIOSA

La adolescencia es un momento clave para hablar de un proyecto personal de vida en el que hay que integrar pasado y presente abriéndose al futuro. El adolescente configura una nueva y definitiva identidad, consolidando la percepción interna de su propia realidad e interiorizando la vivencia del yo: busca un sentido y dirección para su vida.

Su identidad religiosa viene marcada esencialmente por la creencia y la práctica religiosa. En la creencia tiene bastante importancia la influencia del contexto social, aunque no llega a ser determinante. La práctica religiosa presenta un perfil diferente a la creencia. La práctica suele ser bastante más baja que la creencia y no existe una relación directa entre ambas para el ado-

lescente. La mayoría de ellos están convencidos de que la creencia no tiene que determinar ni las actitudes, ni mucho menos el comportamiento religioso; simplemente la creencia es el resultado lógico de su actividad intelectual, que explica y da seguridad a su mundo en caos.

El chico se ve abocado a tomar una postura existencial ante muchas cosas de la vida, también ante lo religioso. “Es el momento en el que hay que tomar una decisión consciente por o contra el mal. En ese momento, la rectitud y la bondad ‘supra-moral’ de la zona primordial, debe ser afirmada en plena libertad”⁴⁰, porque la bondad originaria aparece ahora como una más de las posibilidades del bien y de la verdad, pasando a ser algo abstracto vinculado a lo legal. Hay que decidir entre aceptar las actitudes de la infancia, realizar un encuentro personal con Dios o adoptar una postura filosófica frente al concepto de Dios o, bien, incluso rechazarlo. Sucede que la religiosidad infantil no responde a la nueva situación que se vive y el ritualismo de la infancia parece vacío y, además, el pluralismo cultural pone entre comillas lo aprendido.

Es preciso configurar una nueva identidad mediante un proceso que comienza con una latente crisis religiosa. Durante el tiempo de incubación de la crisis no se pone en entredicho todo lo religioso de una vez, aunque empiezan a apreciarse ciertos síntomas como, por ejemplo, la relajación en la práctica religiosa, la rivalidad entre creencias y otras áreas del saber, el conflicto entre los principios morales y los deseos, o la contradicción entre la necesidad de Dios y el sentimiento de su presencia. Esta fase latente desemboca siempre en una crisis consciente que afecta a la situación vital. Aparece la *duda*, pero la duda vivida, no teórica, lo que implica el rechazo de la totalidad de lo religioso.

La resolución del conflicto ofrece posturas plurales bastante vinculadas a la catequesis y a la formación que se recibió en la infancia: el compromiso, la indiferencia o la afirmación de la increencia. Tras la duda se configura la identidad religiosa a través de un proceso con dos pasos diferentes. El primero, en el que se formula y justifica racionalmente la propia creencia o increencia, con mayor o menor profundidad según la personalidad del adolescente. Y el segundo, en el que se articulan y definen las actitudes y la confesión pública de la postura religiosa que se ha elegido, incluso contradiciendo a la familia o al ambiente social. En ese caso aparece un comportamiento religioso y un sentido de pertenencia eclesial.

40 BALTHASAR, *Si no os hacéis como este Niño*, 16.

4. LA ADOLESCENCIA Y LA PERSONALIZACIÓN DE LA FE

El pensamiento religioso está influido por la aparición de la lógica formal, lo que le permite asimilar nociones religiosas purificadas de los elementos de la religiosidad infantil. Gradualmente, el chico puede acercarse a temas como: el misterio último de la existencia, el sentido del cosmos, el mal y el dolor en el mundo, etc., desde una nueva visión que implica lo personal.

El *contenido* de la fe que viene de la tradición no es ahora una realidad tan segura como lo era antes, sino más incierta, por lo que debe ser contrastado personalmente por la experiencia o vivencia de la fe. Esto hace que, a veces, el acto de fe se relativice.

Gracias al pensamiento lógico, el concepto de Dios del preadolescente abandona progresivamente la imagen atributiva para entrar en una fase de personalización, lo que permite comprender muchas cosas sobre Él. Ahora, Dios deja de ser el personaje bondadoso o malévolo que se han representado durante la niñez y se convierte en alguien trascendente. El Dios que actúa en la vida del hombre es ahora alguien con quien es posible una relación interpersonal cercana. Dios es alguien con quien se puede hablar.

Deconchy relaciona también la espiritualización de la imagen de Dios no sólo con el cambio intelectual, sino con el avance en el desarrollo psicoafectivo y la maduración personal que mejoran las relaciones intersubjetivas⁴¹. Se concibe a Dios más como una persona, un “alguien” con el que es posible el encuentro, que como un “algo”, diferenciado de uno mismo. Aunque la aparición de esta capacidad no conlleva el comienzo de una relación madura con Dios. La crisis de la adolescencia se manifiesta como soledad a pesar de que no se deja de amar al otro. Esta soledad es un recurso positivo necesario para descubrir el propio yo.

Los adolescentes, generalmente, utilizan tres grandes concepciones diferenciadas sobre Dios: “el Dios de la creación”, “el Dios del hombre” y el “Dios de la revelación.”

En la primera de las concepciones Dios es visto como el *creador del mundo*, el motor primero que mantiene el orden cósmico. Se trata de un ser lejano con el que no se tiene relación personal, salvo cuando existe algún peligro o necesidad. Cuando los adolescentes tienen esta visión de Dios no

41 Cf. J. P. DECONCHY, *The Idea of God: Its emergence between 7 and 16 years* (Chicago 1965) 284-290.

sienten ninguna implicación ética en su vida y, a lo sumo, Dios será el origen y garante de un orden moral en el que Él puede intervenir como juez.

El *Dios del hombre* es diferente. Es visto por el adolescente como alguien con el que se relaciona personalmente, que comparte sus experiencias y da sentido a su vida. Aquél que, a diferencia de la familia o de los amigos, que no le comprenden, es capaz de entender sus necesidades afectivas.

El adolescente aparece sensible a la amistad con Dios como respuesta a un dolor producido por la soledad afectiva: Dios es el confidente de sus monólogos interiores, porque no defrauda, aunque su relación personal con Él no tenga ninguna exigencia ética. La relación con Dios sirve más de refugio que de exigencia y crecimiento personal.

En la categoría del *Dios de la revelación de Jesucristo* los adolescentes identifican los rasgos esenciales del Dios cristiano. Unas veces porque han recibido una buena formación religiosa, otras porque se da una auténtica experiencia personal de Dios revelado en Jesús.

Existe una pluralidad de imágenes, en la época adolescente, respecto a Dios, aunque no puede atribuirse a ningún factor concreto.

Además de la imagen de Dios encontramos, como actitud religiosa, la duda, o el estado de incertidumbre psicológica en el que la relación con Dios y lo religioso suscita recelo. Esta visión negativa hacia la religión empieza a darse durante la pubertad, a los trece o catorce años, cuando se hace evidente la fragmentación que existe en el terreno de la creencia a la hora de realizar una síntesis personal.

La sospecha ante lo religioso puede entenderse a partir de su intento por buscar una autonomía desprendiéndose de cualquier signo de autoridad. A esta razón hay que añadir el sentimiento de culpabilidad que proviene de la intensidad de la emoción erótica y la crisis de confianza hacia todo lo de alrededor, dada su inestabilidad afectiva.

Muchos adolescentes han vivido una religiosidad alejada de la explicación racional y centrada exclusivamente en la asimilación de conceptos que no han llegado a ser significativos para ellos. Esto, unido a la necesidad de dar respuestas a cuestiones existenciales, como el sufrimiento o el mal, provoca una ruptura insalvable entre el mundo científico y el religioso, que trae consecuencias negativas para la creencia y la experiencia espiritual.

5. LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU VITALIZA EL DESARROLLO PERSONAL

El desarrollo personal y el crecimiento en la fe suponen un proceso en el que intervienen diferentes protagonistas. El actor principal del cambio es el catequizando, quien crece según su proyecto de vida cristiano. Sin embargo, la fuerza para la tarea que realiza no procede simplemente de él ni de los catequistas que le acompañan, sino de la acción del Espíritu Santo en él. Es el Espíritu quien ilumina y da sentido nuevo a su vida, quien penetra hasta lo más profundo de su ser y le desvela su verdadera identidad diciéndole quien es y lo que está llamado a ser. “El Espíritu suscita y alimenta aquellas disposiciones profundas que son conformes al proyecto de Dios (...) Es el Espíritu el que hace penetrar en el corazón de los creyentes el amor de Dios, que se convierte en fuente de amor fraterno”⁴².

V. NOTAS PARA UNA PROPUESTA DE ITINERARIO ESPIRITUAL EN LA INFANCIA

1. EL SENTIDO DE MISTERIO

Estamos demasiado acostumbrados a mirar con los niños sólo lo que está próximo y cercano, lo que se puede tocar y experimentar. Este comportamiento es reduccionista y dificulta la apertura a lo espiritual.

Para iniciarse, a través de una acción catequética, en un itinerario espiritual es importante el trabajo sobre el sentido de misterio, sobre lo que está oculto y debe ser revelado y acogido; pudiendo hablarse de una dinámica de llamada y de respuesta. No podemos empeñarnos en explicaciones, demostraciones o justificaciones, que sitúan todo en lo estrictamente racional dejando de lado lo sobrenatural. Si al niño se le enseña a mirar con unos ojos distintos a los de sus sentidos, se hace sensible al misterio y aprende a percibir el mundo de manera distinta. La apertura al misterio descubre que la realidad es algo más que lo que se percibe; que detrás de cada persona hay algo más que la imagen que se ve, algo que se nos escapa y nos es inalcanzable; que

42 CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, *Carta a los buscadores de Dios* (Madrid 2010) 69.

las cosas no son lo que aparentan ser; que existe un sentido profundo en todo lo real que reclama ser descubierto.

Se abre así una dinámica que sitúa al niño en situación trascendente, descentrada, fuera de sí, a partir de la cual es posible encontrar el significado profundo en Dios. Ese dinamismo, dada la curiosidad infantil, dispone a la búsqueda y al encuentro. La experiencia más hermosa que tenemos a nuestro alcance es la del misterio, apuntaba Einstein⁴³, junto a la certeza de que existe alguien más allá, al que podemos alcanzar siempre porque se nos aproxima.

2. LA MEDITACIÓN Y LA CONSCIENCIA

Ayudar a educar la consciencia, de manera que se convierta en una capacidad activa, es colocar un peldaño seguro para el encuentro con Dios. La consciencia es lo que nos permite tomar distancia de la realidad, no para alejarnos de ella sino para penetrar en ella de manera profunda y darle un sentido. Supone mirar la realidad desde un horizonte nuevo que apunta a la plenitud. Para que esta realidad pueda darse dentro de un proceso catequético es necesario un esfuerzo por cuidar la atención, eliminando la pluralidad de estímulos que dispersan al niño y creando un clima de silencio que favorezca el encuentro. No se trata de encontrar un método de concentración, sino de una disposición exterior e interior que requiere crear un clima propicio.

Es importante considerar que el acto catequético es un proceso de *comunicación referido*, es decir, que remite a una comunicación, a un diálogo entre el niño y Dios, para el que es necesario un ambiente de escucha y acogida a la Palabra. No consiste en buscar un orden externo sino en suscitar actitudes para situarse en un plano distinto. Cuanto más pequeño es el niño más fácil es hacerlo sirviéndose del espacio (lugar sagrado) y del tiempo.

De gran importancia en este sentido es la meditación, que permite adentrarse en el misterio de Dios para percibir su llamada. A través de ella se intenta, en primer lugar, poner un orden interior a los pensamientos, a los afectos y a los deseos para, una vez en calma, poder representarse una imagen, un texto, una experiencia que encuentre eco en el interior. Sin orden

43 Cf. A. EINSTEIN, *Mis ideas y opiniones* (Barcelona 2009) 34-35.

interno es imposible crecimiento espiritual porque la persona se vuelve ajena a sí mismo y no halla la dirección hacia la que quiere ir.

3. ACTITUDES RELIGIOSAS: ASOMBRO, AGRADECIMIENTO, PERDÓN, DONACIÓN, CONFIANZA, TEMOR

Las actitudes religiosas suponen una disposición profunda por parte del niño a la acogida de lo que viene de fuera y reconoce como valioso. Es verdad que son el resultado de una opción personal y de la libre disposición de la persona, pero también se puede ayudar a generarlas desde el testimonio de vida.

El asombro, muy común en el pensamiento intuitivo por ser natural en los niños, es la actitud humilde de alguien frente a la realidad. Alguien que no conoce, que no tiene un plan previsto, que está abierto, que se deja invadir por lo que viene de fuera hasta dejar que eso le penetre en el interior. Un niño pequeño se asombra del tamaño, de la distancia, de la velocidad o del color, porque son experiencias que no ha vivido con anterioridad y no tiene calculadas, pero a medida que el pensamiento lógico empieza a aparecer se deja de asombrar, porque siente la capacidad de dominar esa realidad.

En la tarea catequética es esencial ayudar a no perder nunca la capacidad de asombro, porque sólo así es posible acoger el misterio de la acción de Dios en la vida. Cuando Dios actúa en la vida de cada uno lo hace con criterios distintos a los cálculos humanos: dejarse asombrar es el primer paso para aceptar esa presencia segura, pero a la vez misteriosa, de Dios en nosotros.

Lo mismo ocurre con el agradecimiento, no es el fruto de una buena educación o de un aprendizaje moral, sino la conciencia de la propia sencillez, de la indigencia que reclama el don agradecido de los demás.

El crecimiento espiritual reclama la relativización del mérito personal en favor de algo que nos ha sido regalado por amor. La gratitud es una experiencia humana iluminadora que da unidad a la persona, que la hace más cercana a los otros con los que afectivamente establece lazos “secretos” de dependencia. Es una tarea fundamental catequética enseñar a valorar lo que se es y lo que se tiene como un don presente que espera una transformación definitiva al final de los tiempos. El niño agradecido es un niño esperanzado que anhela y desea la plenitud.

4. BÚSQUEDA DEL SILENCIO

El silencio es la cuna de la reflexión, del encuentro interior con uno mismo y con el creador. Buscar el silencio supone una doble tarea: por una parte el despojamiento, sacando hacia fuera aquello que hace ruido en el fondo de la persona; por otra, se trata de llenar el vacío de algo más valioso que lo que viene de fuera, de la Palabra que resuena en el interior y se refleja fuera.

Es tarea clave suscitar en el niño el deseo de *silencio dialogal*, evitando el monólogo interior infructuoso o el aislamiento, enseñando a descubrir que el silencio de Dios está lleno de un mensaje que transforma.

5. ORACIÓN

La catequesis debe facilitar la oración, pero no como un rito o una costumbre que no tiene en la vida significado alguno, sino como una necesidad que surge de un encuentro profundo con el que ofrece la salvación. Demasiadas veces se presenta a Jesús como un modelo de comportamiento al que hay que imitar o a Dios como alguien que pide el cumplimiento de unas normas de vida. Es necesario presentarlo en clave dialogal, de llamada –acogida de Palabra–, de escucha, donde la oración brota como forma de comunicación necesaria.

La oración espontánea surge de una confianza o un abandono en Dios; por eso el niño pequeño habla con Dios sin ningún problema, está totalmente seguro y convencido de que Él le escucha. Conviene suscitar la confianza en Dios como resultado del encuentro con Él. Es importante que en la vida de los niños se haga presente la expresión de Job: “Yo te conocía de oídas, más ahora te han visto mis ojos” (Job 42,5). Hay que facilitar el encuentro real con Dios para que la oración brote de forma natural como resultado de la cercanía.

VI. CONCLUSIÓN

Acompañar un itinerario espiritual es, a la vez, un gozo y una responsabilidad. Contando con la acción del Espíritu se logra, sin duda, que la persona madure humanamente y crezca, enraizándose en ella la fe.

Para esta significativa tarea no vale con la buena voluntad o con la disposición incondicional a servir en la Iglesia. Se necesita formación sobre el desarrollo evolutivo del catequizando y conocimiento sobre el crecimiento espiritual, además de una vida de testigo coherente que intenta vivir como hombre nuevo.

El niño y el adolescente, como cualquier persona, son un misterio que sólo nos puede ser revelado. Sin embargo, es necesario que desde la fe la Iglesia, en la persona de sus catequistas, se abra con radicalidad a la tarea catequética para que el Espíritu pueda obrar y transformar esa semilla, que al nacer puso en la creación del niño o del joven que está presente en nuestra catequesis.

La tarea catequética no es exclusivamente tarea humana, no se trata de métodos ni de psicologías, aunque su conocimiento sea necesario, sino de sabor y sabiduría bíblica que invita a la cercanía y a la relación profunda con Dios.

La raíz de la sabiduría ¿A quién fue revelada?

Sus recursos ¿Quién los conoció?

Solo uno hay sabio, en extremo temible,

El que en su trono está sentado (Si 1,6).

Acompañar el itinerario espiritual consiste, sencillamente, en ser espejo de este versículo del Eclesiástico, para que los catequizandos, que se miran en él, en él puedan encontrar al Único que es sabio.

